

APIANO

HISTORIA
ROMANA

I

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

X

SOBRE ILIRIA

SINOPSIS

1. Límites de Iliria.
2. Referencias mitológicas sobre los pueblos ilirios.
3. Tribus ilirias.
4. Castigo divino a los autarieos y los celtas.
5. Derrota de los escordiscos.
6. Ilirios, nombre común dado por Roma a una serie de tribus diferentes.
7. Agrón. Primeras confrontaciones y tratados entre romanos e ilirios.
8. Piratería de Demetrio. Segunda guerra contra los ilirios.
9. Guerra con Gentio y derrota de éste.
10. Diversas campañas contra Iliria.
11. Marcio Fígulo combate a los dálmatas. Destrucción de la ciudad de Delminio.
12. Derrota de Gabinio.
13. Derrota de Vatinio.
14. Los panonios.
- 15-16. Pueblos ilirios vencidos por Augusto.
17. Campaña de Veto contra los salasos. Mesala Corvino los reduce por hambre.
18. Augusto derrota a los yápodes transalpinos.
19. Ataque de Augusto a la ciudad de Metulo.
20. Asedio de Metulo.

21. Metulo es destruida por las llamas y los yápodés se rinden a Augusto.
22. Campaña de Augusto contra los segestanos.
- 23-24. Asedio y captura de Segesta.
- 25-26. Augusto hace una campaña contra los dálmatas. Captura de la ciudad de Promona.
27. Augusto incendia la ciudad de Sinodio y pone cerco a Setovia.
28. Los dálmatas se entregan a Augusto.
29. Sumisión de los retos y los nóricos.
30. Sumisión de los misios.

Los griegos consideran ilirios a los pueblos que habitan al otro lado de Macedonia y Tracia, desde Caonia y Tesprocia hasta el río Danubio. Ésta es la longitud del país, y su anchura comprende desde Macedonia y las montañas de Tracia hasta Panonia y el mar Adriático y las estribaciones de los Alpes. Su anchura equivale a un viaje de cinco días y su longitud, a uno de treinta, según dicen los griegos. Las medidas que hicieron los romanos del país dan una longitud superior a seis mil estadios y una anchura en torno a los mil doscientos ¹.

Y dicen que el país tomó el nombre a partir de Ilirio ², el hijo de Polifemo, pues el cíclope Polifemo y Galatea ³ tuvieron tres hijos: Celto, Ilirio y Gala, que

¹ Sobre el libro ilírico de Apiano y sus fuentes, se puede ver, en especial, el libro, ya citado en la Introducción, de J. DOBIAS, *Studie k Appianově...*

² Según la versión más generalizada, Ilirio era el hijo más pequeño de Cadmo y Harmonía. Aquí Apiano, sin embargo, sigue otra versión menos usual que atribuye a los amores de Polifemo y Galatea el nacimiento de tres héroes: Gala, Celto e Ilirio, epónimos, respectivamente, de los gálatas, celtas e ilirios.

³ Polifemo es un cíclope hijo de Posidón y de la ninfa Toosa, y es un ser monstruoso que habita en una roca junto al

emigraron desde Sicilia y gobernaron sobre los celtas, ilirios y gálatas, llamados así por su causa. Y es ésta la versión más plausible desde mi punto de vista, aunque hay muchos que cuentan otros muchos mitos. Los hijos de Ilirio fueron Enqueleo, Autarieo, Dárdano, Medo, Taulante y Perrebo, y las hijas, Parto, Daorto, Dasaro y otras. De ellos descienden los taulantios, perrebos, enqueleos, autarieos, dárdanos, <medos>⁴, partenios, dasaretios y darsios. Autarieo tuvo un hijo llamado Panonio o Peón y este último tuvo a Escordisco y Tribalo, de quienes descienden las tribus que llevan nombres similares a aquéllos. Pero, en fin, esto lo dejo para los que tratan de épocas remotas.

- 3 Lo cierto es que son muchas las tribus ilirias, como es lógico en un país tan grande, y célebres aún hoy día son los nombres de los escordiscos y tribalos que ocupaban una amplia zona, y hasta tal punto se destruyeron entre sí por medio de la guerra, que lo que quedó de los tribalos huyó junto a los getas allende el Danubio, y aunque floreciente hasta la época de Filipo y Alejandro, ahora su raza está extinta y es casi desconocida entre los pueblos de acá. Los escordiscos, sumamente

mar. Galatea es hija de Nereo y de una divinidad marina entroncada con las leyendas populares de Sicilia. En la tradición mitológica posterior a los poemas homéricos, Polifemo se convierte en el protagonista de una aventura amorosa con la ninfa Galatea. Parece ser que el primer autor del que hay noticia de que trató este tema fue Filóxeno de Citera, poeta griego cultivador del género nómico de fines del siglo v. Sin embargo, fue Teócrito el que dio popularidad a este tema en uno de sus idilios más famosos, que fue recogido, luego, por Ovidio y la literatura posterior. Aunque en los autores citados la ninfa se muestra renuente a los requiebros amorosos del cíclope Polifemo, debió de existir una variante de la misma leyenda, en donde este amor se consuma y Galatea tiene hijos de Polifemo.

⁴ Adición de Roos.

debilitados por esta misma causa, sufrieron con posterioridad de igual modo a manos de los romanos y se refugiaron en las islas del mismo río y, con el tiempo, regresaron algunos que se asentaron en los confines de Panonia. Por lo cual existe también en la actualidad una tribu de los escordiscos en Panonia. De la misma forma, los ardieos, que destacaban por su poderío marítimo, fueron destruidos por los autarieos, excelentes en fuerzas de tierra, a pesar de haberlos derrotado en muchas ocasiones. Próximos a los ardieos en cuanto a poder naval se encontraban los liburnios, otra tribu iliria, los cuales ejercieron la piratería por el mar Adriático y sus islas con sus naves rápidas y livianas. Por este motivo, los romanos todavía hoy dan el nombre de «liburnias» a sus birremes livianas y rápidas.

Se dice que los autarieos cayeron en el grado extremo de desgracia por causa del azote divino de Apolo. 4
Pues llevaron a cabo una expedición contra Delfos en compañía de Molistomo y de los celtas llamados cimbrios, y la mayor parte de ellos fueron destruidos de inmediato antes del intento, al abatirse sobre ellos aguaceros, huracanes y rayos, y a los que emprendieron el regreso les cayó encima un número incontable de ranas que, al pudrirse por completo, corrompieron las aguas. Y, como consecuencia de la emanación de extraños vapores desde el suelo, brotó una epidemia entre los ilirios y murieron, sobre todo, los autarieos. Finalmente, abandonando sus hogares y llevando consigo la epidemia, por miedo a la cual no los recibió nadie, después de veintitrés días de viaje se establecieron en una región pantanosa y deshabitada del país de los getas, próxima a la tribu de los bastarnas. El dios hizo temblar el territorio de los celtas y destruyó sus ciudades, y no cesaron las calamidades hasta que también éstos abandonaron sus casas y llevaron a cabo una incursión contra aquellas tribus ilirias que habían participado

con ellos en el agravio al dios y estaban debilitadas por causa de la epidemia. Devastaron su territorio y, al contraer la epidemia, huyeron hasta los Pirineos saqueándolo todo a su paso. Los romanos, cuando ellos regresaban hacia el este, llenos de temor por el recuerdo de sus antiguas confrontaciones con los celtas, no fuera a ser que también éstos invadieran Italia cruzando los Alpes, les salieron al encuentro con los cónsules⁵ y todo el ejército y fueron aniquilados. Este desastre de los romanos infundió un gran pavor hacia los celtas en toda Italia hasta que aquéllos, tras elegir general a Gayo Mario, que había combatido hacía poco con éxito contra los númidas y mauritanos en África, vencieron a los cimbrios y causaron gran mortandad entre ellos repetidas veces, según he relatado al hablar de los celtas. Y éstos, debilitados ya y excluidos de toda tierra en razón de su misma debilidad, regresaron a sus casas después de haber causado y recibido numerosos daños.

- 5 Y tal fue el final que el dios impuso a ilirios y celtas por su impiedad. Sin embargo, no desistieron de saquear el templo, sino que de nuevo junto con los celtas y, de entre los ilirios, sobre todo los escordiscos, medos y dárdanos invadieron, a la vez, Macedonia y Grecia, saquearon muchos templos, el de Delfos incluido, aunque con pérdidas considerables también en esta ocasión. Los romanos, al cabo de treinta y dos años de su primer enfrentamiento con los celtas y tras haberles combatido a intervalos desde aquella ocasión, hicieron una expedición contra los ilirios, por causa de este saqueo de templos, bajo el mando de Lucio Escipión, cuando ya aquéllos estaban en posesión de Macedonia y Grecia. Y dicen que los habitantes de aquellos lugares no combatieron en favor de los saqueadores de templos, sino

⁵ Gneo Manlio Máximo, como cónsul, y Q. Servilio Cepión, como procónsul.

que los entregaron voluntariamente a Escipión sin prestarles ayuda, acordándose de las desgracias acaecidas a todos los ilirios por causa de los autarieos. Escipión diezmó a los escordiscos y lo que quedó de ellos, escapando hacia el Danubio, se trasladó a vivir a las islas de este río. En cambio, firmó un pacto con los medos y dárdanos, sobornado con una parte del oro del templo. Y un escritor romano afirma que fue esta la causa principal de que, después de Lucio, proliferaran las guerras civiles entre los romanos hasta la época imperial. Baste como prólogo todo lo que he dicho acerca de los pueblos que los griegos llaman ilirios.

Los romanos distinguen también a estos pueblos y, ⁶ además, a los peones, retios, nóricos, misios de Europa y todas las otras tribus vecinas de éstos, que habitan en la margen derecha del Danubio, de igual forma que distinguen a unos griegos de otros, y los llaman a cada uno por su propio nombre y, a todos en común, los consideran Iliria. De dónde surgió esta idea no pude descubrirlo, pero la conservan, incluso, en la actualidad, puesto que el tributo de estos pueblos, que se extienden desde las fuentes del Danubio hasta el Ponto Euxino, lo recaudan bajo un solo título y lo llaman impuesto ilírico. Respecto a cómo cayeron bajo la órbita de Roma, ya reconocí, al hablar de Creta, no haber sido capaz de encontrar las causas y pretextos exactos de las guerras, aunque exhorté con dicho fin a los que podían darme algo más de información. Sin embargo, voy a relatar todo aquello que he logrado saber.

Agrón ⁶ era rey de la parte de Iliria que bordea el ⁷ Adriático, el cual tenían bajo control Pirro, el rey del

⁶ Sobre el problema ilirio y la primera guerra iliria, véanse, en general, DE SANCTIS, IV 1, págs. 286 y sigs., con notas y bibliografía, y E. WILL, I, págs. 319-323.

Epiro, y sus sucesores. Agrón, una vez que se hubo apoderado, sucesivamente, de una parte del Epiro, de Corcira, Epidamno y Faro, estableció guarniciones en ellas y, cuando navegó contra el resto del Adriático, la isla de Isa buscó la protección de Roma. Ésta envió embajadores en compañía de los isios, para que se informaran de las acusaciones de Agrón contra éstos, pero unas pequeñas embarcaciones ilirias, ganando alta mar, atacaron a los embajadores en ruta y dieron muerte a Cleémporo, embajador de los isios, y a Coruncanio, el embajador romano. El resto logró escapar. Por este hecho, los romanos emprendieron una expedición contra los ilirios por mar y tierra conjuntamente. Entretanto, murió Agrón, dejando a un niño pequeño llamado Pinnes, y encargó a su mujer que regentara el reino para su hijo, aunque ella no era la madre del niño. Y Demetrio, que era el gobernador de Agrón en Faro y tenía, también, bajo su mando a Corcira, entregó ambas plazas a los romanos a traición cuando navegaban contra ellas. Estos últimos entraron en alianza también con Epidamno y navegaron en socorro de los isios y de los epidamnios que estaban sitiados por los ilirios. Éstos, en consecuencia, levantando el asedio se retiraron y algunos de ellos, los llamados atintanos, se pasaron a los romanos. Después de este hecho, la viuda de Agrón envió embajadores a Roma para devolverles los prisioneros y los desertores, y solicitó el perdón para lo que había ocurrido, no bajo su responsabilidad, sino bajo la de Agrón. Ellos le respondieron que Corcira, Faro, Isa, Epidamno y el pueblo ilirio de los atintanos eran ya súbditos de Roma, pero que Pinnes podía conservar el resto del reino de Agrón y ser amigo de los romanos, en el caso de que se abstuviera de los territorios antes mencionados y que no navegaran más allá

de Liso los barcos⁷ ilirios en número superior a dos, y éstos, desarmados.

Ella aceptó todas estas condiciones, y éstas fueron⁸ las primeras confrontaciones y tratados entre romanos e ilirios. Los romanos liberaron también Corcira y Apolonia y dieron a Demetrio algunas plazas fuertes como pago de su traición, añadiendo que se las daban tan sólo temporalmente, pues, como era lógico, sospechaban de su infidelidad, la cual precisamente se adueñó de su persona poco tiempo después. En efecto, cuando los romanos estaban empeñados en una guerra de tres años con los celtas de en torno al Po, Demetrio, pensando que se hallaban en dificultades, se entregó a piratear el mar y sumó a esta empresa a los istros, otra tribu iliria, y provocó la rebelión de los atintanos de Roma. Los romanos, una vez que solventaron la cuestión de los celtas, navegaron de inmediato contra los piratas y los apresaron, y al año siguiente hicieron una expedición contra Demetrio y los ilirios que habían sido partícipes de sus fechorías. Demetrio se refugió junto a Filipo el rey de Macedonia y, cuando retornó de nuevo y se dedicó a piratear el Adriático, le dieron muerte⁹. A su tierra natal, Faro, la arrasaron por haberse asociado a sus crímenes, pero perdonaron a los ilirios en atención a la nueva demanda de Pinnes. Éste fue el segundo enfrentamiento y tratado entre ellos y los ilirios⁹.

He descrito la historia de los demás hechos que investigué sin seguir un orden cronológico, sino más bien en razón a cada pueblo ilirio por separado.

⁷ En el texto griego, *lémboi*, especie de embarcaciones ligeras.

⁸ Esta noticia la da también DIÓN CASIO (= ZONARAS, VIII 10, 13), pero parece ser invención analística, puesto que Demetrio murió mucho después (véase POLIBIO, III 19, 11).

⁹ Sobre la segunda guerra iliria, véanse DE SANCTIS, IV 1, págs. 314-316, y E. WILL, I, págs. 66-70.

Cuando los romanos estaban en guerra con los macedonios y Perseo era ya rey de éstos como sucesor de Filipo, Gentio, rey de otras tribus ilirias, se alió con Perseo por dinero e invadió la parte romana de Iliria, y a los embajadores romanos que iban a su encuentro los puso en prisión, bajo la acusación de que no venían como embajadores, sino como espías. A su vez, Anicio¹⁰, el general romano, atacando a algunos barcos pequeños de Gentio, los apresó y, tras entablar combate con él en tierra, obtuvo la victoria y lo copó en una fortaleza. Al pedirle desde aquí una entrevista, Anicio le ordenó que se rindiera a los romanos y, entonces, Gentio solicitó y obtuvo un plazo de tres días para considerarlo. Entretanto, como sus súbditos se pasaron al lado de Anicio, solicitó tener una entrevista con éste y, rodilla en tierra, le imploró en forma un tanto rastrera. Anicio, entonces, infundiéndole ánimos, pues estaba encogido por el miedo, lo levantó y le invitó a comer, pero cuando se marchaba del banquete ordenó a sus servidores que lo apresaran y lo condujo a Roma junto con sus hijos para el triunfo. De este modo, en veinte días, quedó zanjada, en su totalidad, la guerra de Gentio. Sin embargo, Emilio Paulo, el vencedor de Perseo, recorrió a propósito, a su regreso a Roma, las setenta ciudades que eran de Gentio¹¹, de acuerdo con órdenes secretas recibidas del senado. Cundió el pánico entre ellos, pero él les prometió el perdón de todos sus actos, si le entregaban todo el oro y la plata que tuviesen. Cuando ellos aceptaron, envió una parte de su ejército a cada ciudad y, fijando el mismo día a todos los oficiales para cumplir su misión, les

¹⁰ L. Anicio Galo, que llevó a cabo una campaña en Iliria a principios de la primavera del 168 a. C. en tanto que Emilio Paulo lo hacía en Macedonia.

¹¹ No eran de Gentio, sino setenta ciudades del Epiro, véase DE SANCTIS, IV 1, pág. 340.

ordenó que cada uno en su ciudad anunciara, al despuntar el alba, que en un plazo de tres horas reunieran el dinero en el foro y, una vez que lo hubieran llevado, saquearan el resto.

De esta forma, Paulo saqueó setenta ciudades en una sola hora. Los ardeos y palarios, otras tribus ilirias, devastaron la Iliria romana, y los romanos, como estaban ocupados en otros menesteres, enviaron embajadores para recriminarles de palabra. Al no deponer aquéllos su actitud, hicieron una expedición contra ellos con diez mil soldados de infantería y seiscientos jinetes. Y ellos, cuando se enteraron, y dado que todavía estaban faltos de preparación, enviaron embajadores manifestando su arrepentimiento y solicitando el perdón. El senado les ordenó que repararan los daños a los perjudicados y, como no lo hicieron, Fulvio Flaco dirigió una campaña contra ellos. La guerra debió quedar tan solo en una incursión pues no pude encontrar un final preciso de ella.

Sempronio Tuditano y Tiberio Pandusa hicieron la guerra a los yápodas¹², que habitan del lado de acá de los Alpes, y parece que los sometieron, al igual que Lucio Cota y Metelo parecen haber sometido a los segestanos; no obstante, ambos pueblos se sublevaron no mucho después.

Los dálmatas, otra tribu iliria, hicieron una incursión contra la Iliria romana y no recibieron a los embajadores romanos llegados para tratar de este asunto. Por consiguiente, los romanos realizaron una expedición militar contra ellos, siendo cónsul y comandante en la guerra Marcio Fígulo. Los dálmatas, atacando a la carrera, vencieron a los puestos de guardia de Fulvio,

¹² Mantengo el nombre de *yápodas*, acorde con el texto griego, aunque otros se refieren a este pueblo como *yápidas* o *yápidas*.

que hacía poco que había acampado en las cercanías, y a él en persona lo arrojaron de bruces a la llanura, fuera del campamento, hasta que, en su huida, llegó al río Narón. No obstante, como sus enemigos se retiraban, porque comenzaba ya el invierno, Fígulo abrigó la esperanza de caer sobre ellos de improviso, pero se encontró con que estaban reunidos procedentes de sus ciudades ante su llegada. A pesar de ello, los obligó a refugiarse en la ciudad de Delminio, de la que les vino el nombre de delmatenses que después cambió al de dálmatas. Pero, como no tenía ninguna posibilidad de lograr nada con un ataque, ante una ciudad tan poderosa en defensas, ni podía utilizar las máquinas de asalto, debido a la elevada ubicación de la misma, atacó y apresó a las demás, que estaban despobladas por la concentración habida en Delminio. Después, disparó contra esta última, desde las catapultas, troncos de madera de dos codos de largo recubiertos de pez, azufre y estopa. Éstos se inflamaban con el aire por la fuerza de su impulso y, volando como antorchas, donde quiera que caían provocaban un incendio, hasta que la mayor parte de la ciudad fue pasto de las llamas. Y éste fue el desenlace de la guerra entre Fígulo y los dálmatas. Poco tiempo después, el cónsul Cecilio Metelo decretó hacer la guerra a los dálmatas por deseo de un triunfo, sin que éstos hubieran realizado ninguna acción punible. Los dálmatas lo recibieron como a un amigo y pasó el invierno entre ellos en la ciudad de Salona, después de lo cual regresó a Roma y obtuvo el triunfo.

- 12 Cuando César ejercía su mando en la Galia, estos dálmatas y todos aquellos otros ilirios que entonces eran más prósperos arrebataron la ciudad de Promona a los liburnios, otra tribu iliria. Y éstos se pusieron en manos de los romanos y se refugiaron al lado de César, que se encontraba próximo. César envió embajadores y conminó públicamente, a los que tenían Pro-

mona, a que la devolviesen a los liburnios. Como aquéllos no le hicieron caso, envió finalmente a un contingente numeroso de tropas, todas las cuales fueron muertas por los ilirios. Sin embargo, César no los atacó, pues no estaba en disposición de hacerlo entonces por causa de su rivalidad con Pompeyo. Cuando esta rivalidad estalló en guerra abierta, César, con cuantas tropas tenía, cruzó el Adriático en invierno desde Brindisi y combatió a Pompeyo en Macedonia. Del resto del ejército, Antonio ¹³ condujo una parte a Macedonia en ayuda de César, cruzando también él el Adriático en pleno invierno, y Gabinio llevó consigo quince cohortes de infantería y tres mil jinetes a través de Iliria, bordeando el Adriático. Los ilirios, por miedo a su comportamiento con César no hacía mucho tiempo, considerando que la victoria de éste sería su propia ruina, atacaron al ejército de Gabinio y lo destruyeron en su totalidad, salvo al propio Gabinio y unos pocos más que consiguieron escapar. Y acrecentaron, en esta ocasión, sus riquezas y su restante fuerza en grado máximo a causa de un botín tan grande.

César estaba ocupado por la necesidad de llegar a ¹³ un desenlace en su lucha con Pompeyo y, una vez muerto éste, con las diferentes secciones que surgieron de su facción política, pero cuando hubo arreglado todo, regresó a Roma y emprendió una expedición contra los getas y los partos. Por tanto, los ilirios se atemorizaron, no fuera a ser que los atacara a ellos, que estaban en su camino, y, enviando embajadores a Roma, pidieron perdón por lo que habían hecho y se ofrecieron como amigos y aliados, recalcando con énfasis, sobre todo, el hecho de que eran un pueblo aguerrido. César, apresurando su marcha hacia los partos,

¹³ G. Antonio, hermano del triunviro (véase libro II de las G. C. 58).

les respondió, sin embargo, con tono no menos enfático, que no podía hacer amigos a quienes habían cometido tales acciones, pero que los perdonaba si se avenían a pagar tributo y entregaban rehenes. Cuando se hubieron comprometido a ambas condiciones, envió a Vatinio con tres legiones y gran número de jinetes de su ejército, para recaudar un pequeño tributo y recibir los rehenes. Sin embargo, muerto César, pensando los ilirios que la fuerza de los romanos radicaba en él y había muerto con él, no hicieron caso de Vatinio ni en lo referente al tributo ni en las demás cuestiones y, cuando éste intentó obligarlos por la fuerza, los ilirios atacaron y destruyeron a cinco cohortes y a su jefe Bebio, hombre de rango senatorial. Vatinio, con las fuerzas restantes, se retiró a Epidamno, y el senado romano transfirió el mando de este ejército, de Macedonia y de la Iliria romana a Bruto Cepión, uno de los asesinos de César, al tiempo que, precisamente, ponía la provincia de Siria bajo el mando de Casio, que era también otro de los asesinos. Pero éstos, enzarzados, a su vez, en guerra con Antonio y el segundo César, llamado Augusto, no tuvieron ocasión de prestar atención a los ilirios.

- 14 Los peones son un gran pueblo que habita a orillas del Danubio y se extiende desde los yápodes hasta los dárdanos. Los griegos los llaman peones, y en latín, panonios ¹⁴, y los romanos los cuentan, como antes dije, entre los pueblos de Iliria. Razón por la cual me parece apropiado hablar ahora de ellos en mi historia de Iliria. Gozan de fama desde época macedónica a causa de los agrianes, quienes prestaron la máxima ayuda a Filipo

¹⁴ Sobre la confusión en Apiano de panonios con peones, véase VIERECK, 1962, págs. 328-329, n. al pasaje. En el original griego viene siempre *peones*, que es lo que mantengo; otros autores traducen, en cambio, *panonios*.

y Alejandro y eran peones de la Peonia inferior que limita con Iliria. Y, una vez que Cornelio hizo una expedición contra los peones, saliendo malparado de ella, cundió entre todos los italianos un gran temor hacia este pueblo y, durante mucho tiempo, no se atrevieron los siguientes cónsules a marchar contra los peones.

Esto es todo lo que fui capaz de encontrar referente a la historia primitiva de los ilirios y peones, y ni siquiera en los comentarios del segundo César, llamado Augusto¹⁵, pude encontrar ningún dato histórico más antiguo acerca de los peones.

Sin embargo, me parece que, aparte de los pueblos¹⁵ ilirios citados, hubo otros que cayeron previamente bajo la órbita de Roma. Pero de qué forma, no lo sé, pues Augusto no escribió los hechos realizados por otros, sino sólo los que él llevó a cabo, diciendo que había reintegrado al pago de tributo a aquellos pueblos que se habían sublevado; que sojuzgó a otros que desde su origen eran autónomos, y que venció a todas las tribus que habitaban las cumbres de los Alpes, tribus bárbaras y belicosas que hacían presa de sus robos a la Italia contigua a ellos. Y me resulta extraño el hecho de que muchos y grandes generales romanos, en su ruta a través de los Alpes contra los galos e iberos, despreciaran a estas tribus y el que ni siquiera Gayo César, el hombre más afortunado en la guerra, las venciera de modo definitivo cuando estuvo combatiendo con los galos por espacio de diez años e inverando en este país. Con todo, me parece que los unos se preocuparon tan sólo de cruzar los Alpes, apresurándose hacia aquellas misiones para las que habían sido ele-

¹⁵ Sobre esto y, en general, sobre las campañas de Augusto en Iliria, véase el trabajo, ya citado en Bibliografía, de A. MIGHELI, «Le Memoire di Augusto in Appiano».

gidos, y que, por su parte, César, ocupado en los asuntos de la Galia y en su guerra particular con Pompeyo, que siguió de inmediato, se demoró en poner fin a la cuestión iliria. Pues parece que fue elegido para comandar Iliria junto con la Galia, pero no detentó el mando en toda Iliria, sino sólo en aquella parte que entonces estaba bajo el poder de Roma.

16 Augusto llevó a cabo el sometimiento completo y acabado de todo y, a modo de contraste con la ociosidad de Antonio, expuso ante el senado que había librado a Italia de tribus difíciles de combatir, que causaban frecuentes perturbaciones. Había vencido, a lo largo de toda la campaña, a los oxieos, perteenatas, batiatas, taulantios, cambeos, cinambrios, merrómenos y piriseos. Con mayor esfuerzo, fueron sometidos también y obligados a pagar los tributos que habían dejado de pagar, los docleatas, carnos, interfrurinos, nare-sios, glintidiones y tauriscos. Una vez sojuzgados éstos, sus vecinos los ipasinos y los besios se entregaron a él por miedo. A otros que se habían sublevado, los melitenses y corcirenses, que habitaban en las islas, los devastó hasta los cimientos, porque pirateaban el mar, mató a los hombres jóvenes y vendió como esclavos al resto. Además, privó a los liburnios de sus naves, pues también ellos practicaban la piratería. Los moentinos y avendeatas, dos tribus de los yápodas que habitaban la parte interior de los Alpes, se pasaron a él cuando se acercó, pero los aurupinos, que era la tribu más numerosa y guerrera de estos yápodas, se establecieron en la ciudad procedentes de sus aldeas, y ante su llegada huyeron a los bosques. Augusto se apoderó de la ciudad, pero no la incendió, confiando en que se entregarían, y cuando así lo hicieron, se la dio para que la habitaran.

17 En especial, le causaron dificultades los salasos, los yápodas transalpinos, los segestanos, los dálmatas, los

desios y los peones que están muy lejos de los salasos y habitan las cumbres de los Alpes, montañas difíciles de franquear y cuyas vías de acceso son pasos angostos y de difícil subida. Por esta razón, las tribus citadas habían preservado su independencia y exigían un peaje a los que atravesaban su país. Veto, cayendo sobre ellos por sorpresa, ocupó los pasos, valiéndose de estratagemas, y los sitió durante dos años y, faltos de sal, producto que usan en abundancia, acabaron por aceptar guarniciones. Sin embargo, nada más retirarse Veto, expulsaron a éstas y, tras apoderarse de los pasos, se burlaban una y otra vez de las tropas que Augusto envió contra ellos y que fueron incapaces de ejecutar ninguna acción importante. Por lo cual, Augusto, que tenía su atención puesta en la guerra contra Antonio, pactó con ellos dejarlos independientes y sin castigo por lo que le habían hecho a Veto. Pero éstos no se fiaron del pacto y, después de haber hecho gran acopio de sal, realizaron incursiones en territorio romano hasta que Mesala Corvino, enviado contra ellos, los redujo por hambre.

De esta forma fueron sometidos los salasos. Sin embargo, los yápodes transalpinos, una tribu poderosa y montaraz, rechazaron por dos veces a los romanos en casi veinte años, atacaron Aquilea y saquearon Tergesto que era una colonia romana. Y, cuando el propio Augusto marchaba contra ellos por un camino escarpado y rocoso, se lo hicieron más intransitable aún con árboles cortados. Mientras Augusto avanzaba, ellos se refugiaban en distintas partes del bosque y le tendían emboscadas al acercarse, pero él, que sospechaba en todo momento algo tal, enviaba a algunos a las cimas de las montañas para que le diesen escolta desde uno y otro lado, mientras proseguía su marcha por la zona baja y talaba el bosque. Los yápodes atacaban desde los lugares en que estaban emboscados y herían a 18

muchos, pero, a su vez, la mayoría de ellos caían abatidos por las tropas que recorrían las alturas. El resto se refugió de nuevo en la zona más tupida del bosque abandonando la ciudad cuyo nombre era Terpono. Augusto se apoderó de ella, mas no la incendió, en la confianza de que aquéllos se entregarían, como en efecto sucedió.

19 Entonces, avanzó contra otra ciudad, Metulo, que es la capital de los yápodas y se encuentra en una montaña muy boscosa sobre dos lomas a las que separa una estrecha torrentera. Había en ella alrededor de tres mil guerreros jóvenes y muy bien armados que rechazaron con facilidad a los romanos apostados en torno a sus murallas. Estos últimos construyeron un muro terrero. Los metulos, saliendo en incursiones rápidas, dificultaban las obras de construcción noche y día y acosaban, hasta la extenuación, a los soldados desde su muralla con las máquinas que habían obtenido de la guerra que Décimo Bruto sostuvo allí contra Antonio y Augusto. Pero, cuando la muralla de ellos estuvo también dañada, construyeron un muro de apoyo en el interior de la ciudad y, abandonando la parte que estaba en ruinas, se pasaron al recién construido. Y los romanos, tras posesionarse del que había sido abandonado, le prendieron fuego y levantaron dos muros terreros contra la nueva fortificación y, desde ellos, tendieron cuatro puentes hacia la muralla. Así las cosas, Augusto envió algunas tropas para que, dando un rodeo, se dirigiesen hacia la parte trasera de la ciudad, con objeto de distraer la atención de los metulos, y ordenó a los demás que atravesaran hasta las murallas por medio de los puentes. Y él en persona, subiendo a una torre elevada, observó la operación.

20 Algunos bárbaros hicieron frente, cara a cara, a los que atravesaban en dirección a las murallas y otros, emboscándose bajo los puentes, los herían desde abajo

con lanzas largas y se animaron más cuando cayó un puente y un segundo siguió a aquél. Pero, tan pronto como se desplomó el tercero, sobrevino ya un miedo total a los romanos y nadie subió al cuarto puente, hasta que Augusto, que los observaba desde la torre, los cubrió de reproches. Sin embargo, como ni siquiera sus palabras sirvieron de acicate, tomando él en persona un escudo se lanzó a la carrera hacia el puente acompañado de dos generales, Agripa e Hierón, y de sus guardias de corps Luto y Volas, sólo estos cuatro y unos pocos escuderos. Y, cuando estaba ya cruzando el puente, el ejército sintió vergüenza y se lanzó a una en pos de él. El puente, sobrecargado, se vino también abajo y los hombres en amasijo quedaron sepultados bajo él, por lo que algunos murieron y otros fueron sacados con fracturas de huesos. Augusto sufrió contusiones en la pierna derecha y en ambos brazos, pero, no obstante, corrió de inmediato a lo alto de la torre con sus enseñas y se mostró sano y salvo por temor a que se produjera un alboroto ante la idea de su muerte. Y, para que los enemigos no pensarán tampoco que él cedía en retirada, empezó a construir de inmediato otros puentes. Este hecho fue el que dejó más perplejos a los metulos, al pensar que combatían contra una voluntad invencible.

Y al día siguiente, enviándole embajadores, le entregaron cincuenta rehenes que Augusto mismo eligió y, tras prometer que aceptarían una guarnición, dejaron la colina más alta para ésta y se trasladaron a la otra. Pero, una vez que al penetrar la guarnición se les ordenó que entregaran sus armas, se llenaron de cólera y, encerrando a sus mujeres e hijos en la sala del consejo, pusieron guardias, a los que dieron la orden de prenderle fuego si algo les iba mal a ellos, y atacaron a los romanos a la desesperada. Como atacaban desde una posición inferior a un enemigo que ocupaba lugares

más elevados, fueron aniquilados en masa, y los guardianes prendieron fuego a la sala del consejo. Muchas mujeres se dieron muerte a sí mismas y a sus propios hijos; otras, llevándolos en brazos, vivos aún, se arrojaron al fuego, de tal forma que pereció en el combate la totalidad de los metulos jóvenes, y, en el fuego, la mayoría de los no combatientes. Su ciudad fue consumida totalmente por las llamas, y no quedó huella alguna de ella, aunque había sido la mayor de aquellos lugares. Después de la caída de Metulo, el resto de los yápodas, aterrorizados, se entregaron a Augusto. Así fue como los yápodas transalpinos por vez primera fueron súbditos de Roma. Cuando Augusto emprendió el regreso, la tribu yápode de los posenos se sublevó, pero, enviado Marco Helvio contra ellos, los sometió y, después de matar a los culpables, vendió al resto como esclavos.

22 Los romanos habían invadido, anteriormente, en dos ocasiones el territorio de los segestanos sin lograr apoderarse de rehenes ni de ninguna otra cosa, razón por la cual eran objeto de desprecio por parte de aquellos. Augusto, en consecuencia, marchó contra ellos a través del territorio de los peones, que aún no estaba sometido a Roma. Dicho territorio es boscoso y se extiende desde los yápodas hasta los dárdanos. Estos peones no habitaban en ciudades, sino en los campos o en aldeas vinculadas entre sí por razones de parentesco. No tenían un Consejo común ni gobernantes para todos ellos en conjunto. Los que estaban en edad de combatir llegaban a unos cien mil, pero ni siquiera éstos estaban integrados en un solo ejército por falta de una estructura de gobierno. Cuando Augusto se les aproximó, buscaron refugio en los bosques y mataban a los soldados que se apartaban del grueso del ejército. Augusto, mientras abrigó la esperanza de que ellos se sometieran voluntariamente, respetó las aldeas y los campos, pero,

como nadie salió a su encuentro, prendió fuego a todo y devastó el territorio durante ocho días hasta que llegó al país de los segestanos, que es también territorio panonio sobre el río Savo y en el que hay una ciudad de sólidas defensas aislada por el río y un gran foso. Por esta razón la deseaba en especial Augusto; con objeto de usarla como almacén para la guerra contra los dacios y bastarnas que habitaban al otro lado del Istro, que allí se llama Danubio y, un poco más abajo, Istro. El Savo desemboca en el Istro. Y Augusto se procuró naves en el Savo para que le llevaran provisiones hasta el Danubio.

Por estas precisas razones codiciaba Augusto a Se- 23
gesta. Ante su llegada, los segestanos le enviaron emisarios para informarse de qué era lo que deseaba. Y él les contestó: que introducir una guarnición y tomar cien rehenes para utilizar la ciudad con garantías como almacén en la guerra contra los dacios. También les pidió cuanto trigo pudieran llevar. Los notables de la ciudad accedieron a entregarlo. Y el pueblo, aunque irritado, consintió en entregar los rehenes, quizás porque no se trataba de sus propios hijos, sino de los hijos de los notables. Sin embargo, cuando se aproximó la guarnición, al no poder soportar su visión, en un arrebato de locura, cerraron de nuevo las puertas y montaron guardia sobre las murallas. Por tanto, Augusto ponteoó el río, construyó empalizadas y fosos por todas partes y, tras haberlos bloqueado, levantó dos muros de tierra. Los segestanos atacaron éstos muchas veces, pero como no podían apoderarse de ellos, arrojaban por encima teas y fuego en gran cantidad. Cuando vinieron en su ayuda tropas de auxilio de otros peones, Augusto les salió al encuentro y les tendió una emboscada en la cual murieron unos y escaparon otros, y ya ninguno de los peones les prestó ayuda.

24 Los segestanos, sin embargo, tras resistir todas las penalidades de un asedio, fueron capturados por la fuerza a los treinta días, y entonces, por vez primera, empezaron a suplicar. Augusto, alabando su valor y apiadado de sus súplicas, ni los mató ni los desterró, sino que les impuso una multa, y separando una parte de la ciudad por un muro, introdujo en ella una guarnición de veinticinco cohortes. Después de llevar a cabo esta acción, regresó a Roma con idea de volver a Iliria en primavera. Cuando se propaló el rumor de que los segestanos habían dado muerte a la guarnición, partió apresuradamente en invierno y encontró que el rumor era falso, pero que la causa del mismo era verdad. Pues la guarnición estuvo en peligro, al volverse contra ella los segestanos de forma repentina, y lo imprevisto de su ataque ocasionó la muerte de muchos; no obstante lo cual, al día siguiente, los restantes miembros de la misma se rehicieron y vencieron a los segestanos. Por consiguiente, Augusto se desvió contra los dálmatas, otra tribu iliria vecina de los taulantios.

25 Los dálmatas, desde que destruyeron las cinco cohortes bajo el mando de Gabinio y les quitaron las enseñas, envalentonados por ello, no depusieron sus armas durante diez años y, cuando Augusto marchó sobre ellos, concertaron mutuas alianzas para combatirle conjuntamente. La flor y nata de sus fuerzas militares sumaban más de doce mil hombres, de los que eligieron general a Verso. Éste ocupó de nuevo Promona, la ciudad de los liburnios, y la fortificó, aunque, por lo demás, gozaba de unas excelentes defensas naturales, ya que se trataba, en efecto, de un lugar montañoso rodeado por todas partes de colinas picudas como dientes de sierra. El grueso de las tropas estaba concentrado precisamente en la ciudad y, en las colinas, Verso estableció destacamentos de guardia, y todos contemplaban a los romanos desde las alturas. Augusto,

sin ocultarlo, se dispuso a aislar a todos por medio de fortificaciones, pero, en secreto, envió a los más osados a buscar una vía de acceso al lugar más elevado de las colinas. Éstos, ocultos por el bosque, cayeron durante la noche sobre los guardias que estaban dormidos, los mataron y se lo comunicaron a Augusto a la hora del crepúsculo. Entonces él marchó con el grueso del ejército para hacer un intento sobre la ciudad y envió sucesivos destacamentos a la cima ocupada, los cuales descendieron a las colinas restantes. El terror y la confusión se apoderaron, a la vez, de todos los bárbaros al ser atacados desde todos los sitios y, en especial, sintieron temor los que estaban en las colinas a causa de la falta de agua, no fuera a ser que se les cortaran las comunicaciones, por lo que huyeron a Promona.

Augusto rodeó, a la vez, a la ciudad y a dos colinas 26 que se hallaban todavía en manos del enemigo con un muro de cuarenta estadios de perímetro. Entretanto, saliendo al encuentro de Testimo, un dálmata que conducía otro ejército en socorro de los de Promona, lo persiguió hasta las montañas y, mientras éste se hallaba todavía a la vista, tomó la ciudad de Promona antes de que estuviese acabado el muro de circunvalación. Pues al hacer una salida los ciudadanos, fueron rechazados con rapidez por los romanos que, persiguiéndolos en su huida hasta el interior de la ciudad, cayeron sobre ellos y mataron allí a una tercera parte. El resto huyó a la ciudadela, a cuyas puertas montó guardia una cohorte romana. Los bárbaros la atacaron a la cuarta noche y la cohorte, presa del miedo, abandonó las puertas. Pero Augusto cortó el ataque de los enemigos y, al día siguiente, los recibió en rendición. A la cohorte que había abandonado el puesto le echó las suertes y castigó con la muerte al que hacía diez de cada lote y, además de éstos, a dos centuriones, y ordenó que a los restantes

miembros de la misma durante aquel verano se les diese como alimento cebada en vez de trigo.

27 Así fue tomada Promona, y Testimo, al verlo, dispersó a su ejército, ordenándole huir en todas direcciones, razón por la cual no pudieron perseguirlos los romanos durante largo trecho, pues temían fragmentarse a sí mismos en muchas partidas, así como por su desconocimiento de los caminos y lo confuso de las huellas de los fugitivos. Sin embargo, ellos ocuparon la ciudad de Sinodio situada en el extremo del bosque en el que los dálmatas tendieron una emboscada al ejército de Gabinio, en una garganta profunda y alargada en medio de dos montañas, donde el enemigo había preparado también una emboscada a Augusto. Pero éste prendió fuego a Sinodio y, tras enviar tropas a la cresta de las montañas para que le diesen escolta desde ambos lados, avanzó a través de la garganta talando el bosque, capturando ciudades y quemando todo cuanto cogía en su camino. Mientras estaba sitiada la ciudad de Setovia, fue en su ayuda un cierto número de tropas bárbaras a las que Augusto, después de salirles al paso, impidió entrar en la ciudad. Durante este choque fue golpeado por una piedra en la rodilla y tuvo que recibir cuidados por muchos días; pero, cuando se hubo recuperado, retornó a Roma para asumir sus deberes de cónsul, junto con Volcacio Tulo, dejando a Estatilio Tauro para acabar la guerra.

28 Y, tras comenzar sus funciones de cónsul el día primero del primer mes del año, entregó el mando en ese mismo día a Autronio Peto y partió de inmediato, de nuevo, contra los dálmatas cuando todavía era triunviro —pues quedaban dos años para el segundo período de cinco de esta magistratura, cuya prórroga habían decretado ellos mismos y el pueblo había ratificado—. Los dálmatas, que ya padecían hambre al haberles sido cortado el aprovisionamiento desde el exterior, salie-

ron al encuentro de Augusto en el camino y se entregaron en medio de súplicas, dándole además setecientos niños en calidad de rehenes, que Augusto había exigido junto con las enseñas de Gabinio. También prometieron entregar el tributo que había quedado sin pagar desde tiempos de Gayo César y fueron sumisos en adelante. Augusto depositó las enseñas en el pórtico llamado de Octavia. Una vez sometidos los dálmatas, los derbanos solicitaron con ruegos a Augusto el perdón cuando se dirigía contra ellos, le entregaron rehenes y prometieron pagar los tributos impagados. De las <restantes tribus>¹⁶ aquellas a las que Augusto se aproximó <firmaron tratados con él>¹⁷ y entregaron rehenes como garantía de los tratados; en cambio, aquellas otras a las que no pudo llegar a causa de una enfermedad no entregaron rehenes ni firmaron tratados. Parece, sin embargo, que también éstas fueron posteriormente sometidas.

De este modo Augusto se hizo dueño absoluto de toda Iliria, tanto de aquella parte que se había sublevado contra Roma como de aquella otra que nunca antes había estado sometida. Y el senado le otorgó el triunfo ilírico, que celebró, después, junto con los obtenidos por su victoria sobre Antonio.

Quedan otras tribus que pertenecen al país llamado ²⁹ Iliria por los romanos y son los retios y nóricos, por la parte anterior a los peones, y los misios, por la parte posterior hasta el Ponto Euxino. Pues bien, pienso que a los retios y nóricos los sometió Gayo César, cuando combatía a los galos, o bien Augusto, en el transcurso

¹⁶ Aquí se debe restituir el nombre de un pueblo o similar. Se han propuesto varias conjeturas, de las que seguimos la de Schweighäuser. No obstante, las diferencias entre las conjeturas propuestas no difieren sustancialmente entre sí.

¹⁷ En este lugar lo restituyó Roos. Schweighäuser lo ubicó delante de «de las restantes tribus...».

de su guerra contra los peones, pues aquéllos se encuentran en medio de ambos y no encontré vestigios de una guerra particular contra retios y nóricos. Por esto deduzco que fueron sojuzgados junto con las otras tribus vecinas.

- 30 Sin embargo, Marco Lúculo, el hermano de Licinio Lúculo el que sostuvo la guerra con Mitrídates, hizo una incursión contra los misios y llegó al río en que se encuentran seis ciudades griegas vecinas de los misios Istro, <Calatis>, Dionisópolis, Odeso, Mesembria <y Apolonia>¹⁸, desde la que se llevó a Roma la gran estatua de Apolo que está instalada en el monte Palatino. No hallé nada más digno de mención por parte de la república romana respecto a los misios, que tampoco fueron sometidos a tributo por Augusto, sino por Tiberio, que fue quien le sucedió como emperador de Roma. Los sucesos ocurridos antes de la toma de Egipto bajo el gobierno del pueblo, los he escrito por separado para cada país, pero aquellos otros países que estos emperadores dominaron o anexionaron al imperio como actos personales suyos han sido expuestos después de los asuntos generales. Allí diré también más cosas acerca de los misios. Pero, por el momento, puesto que los romanos consideran a los misios como parte de Iliria, y éste es mi libro sobre Iliria, a fin de que la obra quedara completa me pareció oportuno anticipar que Lúculo, siendo general, en tiempos de la república hizo una incursión contra los misios y que Tiberio los sometió en la época imperial.

¹⁸ Véase, sobre el orden y número de las ciudades, VIERECK, 1962, pág. 351, aparato crítico.